



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 14.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

14 de Abril de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redacción y administración, calle del Barro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

La locura de la Cruz, por don Francisco Díaz Carmona.
—**La simpatía**, poesía, por Luisa.—**Calvario y redención**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.
—**El tránsito de un ángel**, poesía, por don Emilio Serrano García.—**La Virgen de las ruinas**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variedades**.

LA LOCURA DE LA CRUZ.

(Conclusion.)

«¡Los dioses se van: los esclavos romperán sus cadenas: la raza de los ciudadanos y la raza de los extranjeros forman ya una sola raza, hija del Padre que está en los cielos!

Y tiemblan los ídolos, movidos por mano desconocida, en sus templos; y caen rotas las cadenas de la servidumbre, y la aurora de la caridad y del amor empieza á iluminar frentes encorvadas hasta entonces bajo el yugo de la tiranía.

Y hé aquí que en seguida aquellos pobres pescadores dicen al patricio y á la cortesana, al hombre fuerte y á la tímida doncella, al César y al guerrero: «Si quereis ser perfectos dad á los

«pobres cuanto poseeis, tomad la Cruz y seguid á Cristo.»

¿Qué es esto? ¿quién interrumpe el silencio de los desiertos, morada hasta entonces de las fieras, con cánticos y oraciones? ¿quién es ese hombre, cubierto de tosca piel, demacrado, con la tez ennegrecida por los ardores del sol, que tiene por albergue una cueva, por alimento lechugas silvestres, por lecho una piedra dura y áspera, por regalo la soledad y por ocupación constante el trabajo manual, la penitencia y la plegaria? ¡Ah! es un discípulo del galileo, es un solitario.

¡Y ved! luego viene otro, y luego otro, y luego millares, y luego.... ¿quién los puede contar? los inmensos desiertos de la Tebaida no son bastantes para contener esa innumerable legión de héroes oscuros, que abandonan los palacios de los grandes y las escuelas de la sabiduría para sepultarse vivos en medio de los horrores de la soledad.

¿Quién los mueve? El Evangelio que predicaban esos pobres pescadores.

¿Qué dejan? los encantos de la patria, las delicias de la opulencia, los vínculos dulcísimos de la familia, los aplausos de los hombres, los

incentivos de la ambicion, los halagos del amor, en una palabra, cuanto son, cuanto poseen y cuanto esperan.

¿Qué buscan? la soledad, la pobreza, el menosprecio, el olvido y las mas espantosas privaciones.

Extraña locura por cierto. ¡Ah! tiene razon la filosofia moderna. ¿Cómo ha de comprender ella, cómo ha de admitir esta locura que lleva al hombre hasta al desprecio y la anulacion de sí mismo, por el amor de un judío crucificado?

¡Millares de hombres echando sobre sus hombros la Cruz, solo porque en ella murió un pobre visionario, una especie de iluminado, que pretendia ser Hijo de Dios, un revolucionario pacífico, de mirada dulce y melancólica, que fascinaba las turbas con cierto lenguaje sencillo y familiar, mezclado de parábolas, y que recorría la Palestina, haciendo creer á sus cándidos discípulos que resucitaba los muertos, curaba los enfermos y convertía el agua en vino!

¿Qué locura! ¡qué fascinacion! ¡qué prodigio del fanatismo!

Si al menos ese judío hubiera sido un filósofo! Si al menos hubiera aprendido en las escuelas del Pórtico sus teorías, ó arrebatado á Ciceron los brillantes periodos de su oratoria! Si al menos sus discípulos hubieran dado al mundo un sistema metódico y trascendental de filosofia, ó una obra clásica de literatura, en vez de una sencilla y breve narracion! Si al menos en esa narracion hubieran imitado los modelos retóricos de la culta Grecia ó de la sabia Roma!

Pero nada: ni un período brillante, ni un sistema deslumbrador, ni una frase de efecto, ni siquiera un grito de admiracion, ó un gemido poético en las grandes crisis porque atraviesa la vida de su héroe. ¿No es esto á propósito para desesperar á cualquiera inteligencia medianamente artística, á cualquier corazon medianamente sensible, á cualquier filósofo medianamente instruido en los grandes resortes de la palabra?

Y pensar que con semejante sencillez se ha conmovido al mundo, y se han trastornado las sociedades, y se ha fascinado la inteligencia de Gerónimo, de Agustín, de Orígenes, de Tertuliano, de Bossuet! ¡Vamos! esto es incomprendible para la filosofia, y la razon solo puede explicárselo satisfactoriamente, considerándolo como obra de una fascinacion supersticiosa.

Pero pasemos de los desiertos á la corte de los emperadores y á las capitales de las provincias.

¡Cristianos á los leones! grita la muchedumbre ebria de furor y de sangre.

Y ved qué espectáculo mas raro! los discípulos

del galileo, que no han retrocedido ante el horror de los desiertos, tampoco se dejan vencer en la pertinaz locura de confesar a Cristo, como Hijo de Dios, en presencia de los tiranos y por el horror de los tormentos.

El anciano de frente blanca y venerable, la joven patricia, tímida é inocente como una oveja, el fuerte guerrero, el sabio coronado de gloria, el esclavo, el libre, el griego, el romano, y todos formando una legion mas innumerable que las arenas del mar ó las estrellas del cielo, invaden el circo como una oleada siempre creciente.

¿Qué esperan allí con los brazos cruzados sobre el seno, los ojos dulcemente fijos en el cielo, y la frente tranquila y humilde? Esperan la muerte.

¿Por qué? solo por la locura de confesar á un judío crucificado

¡Ah! tiene razon la filosofia! Ella, que sabe ofrecer incienso á todos los ídolos, sacrificar victimas en todos los altares del dios Éxito, y proclamar la transaccion con todos los principios, ¿qué ha de hacer sino reirse de la extraña demencia de aquellos visionarios, que corren á la muerte como á un festin, todo por la falta de tacto de no postrarse ante la estatua de Apolo, de no someterse á la voluntad del César, ó de no transigir con las saturnales ó con las fiestas de Vénus, cuando esto no les impide el seguir en secreto sus prácticas y sus creencias?

¡Obedecer á un judío antes que al César! Tremendo crimen, que no puede perdonar ella á esos millones de ilusos! ¡ella, que ante todo es respetuosa con el César, cuando César la puede llevar al suplicio, ó condenarla al ostracismo y al silencio!

¡Morir por no quemar unos cuantos granos de incienso ante Júpiter Capitolino! ¡Dolorosa co-guedad, que solo puede explicar la filosofia, denunciándola como una especie de monomania suicida!

Pero ¿qué sucede de repente en la ciudad de Rómulo y Diocleciano? ¿dónde está el circo, dónde las termas, dónde el templo de las vestales, y el palacio de los Césares, y el senado, y la plebe, y los hijos de Scipion y de Bruto?

¡Silencio! Algo grande y devastador ha pasado por allí, mas terrible que el viento del desierto y las tempestades del verano. ¡Silencio! Lo que pasa es la cólera de Dios.

¡Hélo allí! Hélo allí, seguido de un enjambre innumerable de hombres extraños, feroces, desnudos, y de aspecto horrible, que vienen... Dios sabe de dónde... que van... Dios sabe á dónde, como impelidos por una fuerza incontrastable.

¡Hélo allí! ¡Alarico! el bárbaro que lleva en su espada el secreto de la vida de un imperio.—Ya avanza, ya llega á las puertas de Roma.

¡Y Rómulo no está allí para defenderla, y la sangre de Camilo circula ya sin fuerzas por las venas de sus descendientes degenerados, y César, y Augusto, y el vencedor Constantino yacen ¡ay! ligados por el sudario de los muertos. ¿Quién la salvará? ¿Quién arrebatará su presa al bárbaro triunfante?

¡Ah! ¡vedlo! ¡vedlo! No es Rómulo, no es Camilo, no es César, es.... un anciano inerme; vestido de blanco, con un báculo en la mano y con no sé qué cosa divina é inspirada en la frente; es.... el sucesor de Pedro, el pescador de Galilea, es.... el representante de aquel judío, muerto en una Cruz; es.... el Vicario de Cristo en la tierra!

Y el bárbaro lo vé, se detiene, cae postrado ante aquella figura blanca y celestial, y el lobo sangriento se torna en indefenso cordero, y Roma se salva del incendio y del saqueo.

Pronto un hijo de esta raza de hombres nuevos, oirá de los labios de otro anciano estas palabras solemnes: «Fiero Sicambro, quema lo que adoraste y adora lo que quemaste.»

Y luego vereis pueblo sobre pueblo, tribu sobre tribu, raza sobre raza caer postrados ante la imagen de una Cruz sangrienta, y proclamar su Dios al pobre galileo, y levantarse de entre las ruinas, estados, naciones, monarquías, unidas todas con la denominacion fraternal de *pueblos cristianos*.

¡Ah! la locura de la Cruz que pobló de penitentes los desiertos; el fanatismo de la Cruz que llevó al martirio millones de héroes, ha invadido también el corazón de millares de pueblos.

El universo entero ha sido víctima de las mas estupendas de todas las locuras: de la locura de la penitencia, de la locura del martirio, de la locura de la fraternidad humana.

Y hé aquí que al llegar la hora solemne de esa universal dominacion, los pueblos se constituyen á la sombra del Derecho cristiano, que lleva escrito á su frente este lema, que es la última expresion de lo absurdo: *Por Mí reinan los reyes y gobiernan los que dominan*.

Por Mí, es decir, por el Cristo, por el galileo muerto afrentosamente en el Calvario.

¿Comprendeis ahora con cuanta razon pronuncia la incredulidad moderna la palabra, fanatismo?

¡Un ajusticiado siendo la raiz y fuente de toda soberania, de todo poder, de toda autoridad! ¡Un ajusticiado que muriendo vence, que sin ejércitos, sin otra espada que la palabra, sin otra

bandera que una Cruz, se convierte en Rey de Reyes y Señor de los que dominan, es un espectáculo monstruoso, es un hecho inconcebible, que no tiene antecedentes en los modelos clásicos de la historia.

¡Absurdo! ¡superstición! ¡fanatismo! clama la filosofía, en presencia de este hecho que no puede negar.

¡Milagro! dice la fé del hombre creyente.

¡Ah! los dos tienen razon.

Porque si es absurdo semejante hecho, esto es, si es imposible que un simple hombre lo haya realizado, porque es superior á las fuerzas humanas; y si por otra parte el hecho existe, ese *hecho ha debido ser obra de Dios*.

¡Absurdo, sí! Luego divino.

Y si no es un absurdo, pero es un milagro, ¿Quién duda que este milagro es una obra divina?

Y ved aquí por dónde la filosofía negando el milagro y confesando el hecho, viene á dar testimonio de la verdad, proclamando el origen divino de la fé cristiana, que él llama desdeñosamente fanatismo.

Ved aquí cómo ella, al lanzar una mirada de compasiva superioridad sobre esta muchedumbre, que se entenece y gime en presencia de un judío crucificado, al contemplar desde las alturas olímpicas de su ciencia imperturbable á la flaca humanidad, postrada al pié de una Cruz como un ignorante rebaño de siervos, deja escapar de sus labios, con ira reconcentrada, el apóstrofe desesperado del apóstata moribundo, y clama, como él, con un rugido de furor:

¡Venciste, galileo!

Francisco Díaz Carmona.

LA SIMPATÍA.

A V. M.

¡Bendita la simpatía
Que brota del corazón!
Flor santa, que Dios rocía
Como al cáliz de ambrosía
Que murmura en dulce son.

Ya la mirada la inspira
De un alma que sienta amores,
Y por nuestra mente gira;
Ya en el corazón suspira
Como el aura por las flores.

Es una atracción, un lazo
Que aprisiona al par dos seres
En dulce y callado abrazo:
No dá tiempo, no dá plazo
Para preguntar ¿me quieres?

Por ella con grata calma
Canta el ave, el viento gime:
Ella, definen las palmas,
Es el beso de dos almas
Dulce, callado, sublime.

¡Simpatía! son dos rosas
Que Dios tiró desde el cielo,
Y se buscan afanosas,
Y se estrechan cariñosas
Al encontrarse en el suelo.

Por eso sin conocerse
Nuestras almas suspiraron,
Y sentimos desprenderse
Puras flores, que al mecerse
Cariñosas se estrecharon.

Movió mi lira sus cuerdas
De tu mirada á la luz,
Yo no pude contenerlas;
Dí, Vicenta, ¿lo recuerdas?
¡Fué en presencia de una Cruz!

¡Bendita la simpatía
Que brota del corazon!
Flor santa que Dios rocía
Como al cáliz de ambrosía
Que murmura en dulce son.

Luisa.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á Maria.

Son las cuatro de la mañana, hermana mia, y me pongo á escribirte despues de haber pasado las anteriores horas de la noche hablando con Julio, con ese desgraciado jóven en quien ayer apenas me habia fijado, y al que miro hoy como á un antiguo amigo, como á un hermano del alma.

Sí: quiero emplear el tiempo que tengo libre en comunicarte mis impresiones, porque en vano intentaria dormir algunos momentos antes de volver á mi cotidiano trabajo: la agitacion de mi espíritu me lo impediria, estoy cierto de ello, y en vez de descansar, fatigaria mi pensamiento con mil ideas extrañas.

No me habia engañado al creer que Julio amaba á Valeria, no: por desgracia mi suposicion es cierta, y esta pasion cuya intensidad me asusta, podrá hacer de este infeliz jóven un criminal, un demente, un suicida acaso.

Voy á contarte cuanto sé, y así te convencerás de la verdad de mi creencia.

Ya te dije que despues de permanecer algun tiempo en el elegante salon de Valeria, habia vuelto á mi modesto cuarto para entregarme al descanso.

Preocupado algun tanto con los recuerdos de aquella reunion, casi habia olvidado mi entrevista con Julio, ó al menos nó esperaba volverle á ver hasta mas adelante.

Ya me disponia á desnudarme cuando de nuevo tocaron á mi puerta, y una voz muy queda pronunció mi nombre en el corredor.

Era Julio.

Me apresuré á abrir, y él, con la misma agitacion, con el mismo afan que antes, penetró en la habitacion, y se dirigió á una silla en la cual se dejó caer.

La fatiga moral de aquel espíritu se trasmitia á aquel pobre cuerpo, robándole todas sus fuerzas.

—¡Oh! cierre V., me dijo, podrian sospechar que estábamos juntos, y esto pareceria extraño á tales horas.

Le complací y volví á su lado, sentándome á mi vez y preparándome á oir una confidencia que ni deseaba ni habia solicitado; pero que Julio sin duda estaba dispuesto á hacerme, cuando habia esperado mi vuelta sin dormir.

—¡Cuánto ha tardado V.! me dijo de nuevo; ¡cuánto ha tardado V.! es verdad que habrá pasado allí las horas con demasiada rapidez: en cambio para mí han sido largas, muy largas. ¡Oh! se sufre tanto cuando no tenemos esperanza, y cuando nadie se cuida de nuestro dolor!

—Tranquilícese V., amigo mio, le respondí compadecido de su afliccion: tranquilícese V.; no hay pesar que no tenga lenitivo, ni desgracia para la que Dios no haya concedido esperanza ó consuelo.

—Para mí no existen! antes, cuando ella queria trasformarme en un instrumento favorable á sus deseos y dócil á la mano que le usaba, me hizo esperar... me dijo algunas palabras que alentaron mi confianza. ¡Ay! ya para nada puedo servirla y me arroja de su lado y me aparta con su pié, como arrojamos y separamos de nosotros un objeto roto é inútil.

—Julio, V. delira, repliqué viendo que se exaltaba al expresar aquellas ideas: V. delira sin duda; no es posible que á un jóven de sus prendas se le califique de ese modo.

Una amarga sonrisa arqueó sus labios, y despues, pasando una mano por su pálida frente, añadió:

—V. posee un alma noble y leal y acaso no pueda comprender la verdad de mis palabras; pero son ciertas, son demasiado ciertas por mi

mal. ¡Oh! esa mujer no tiene corazón, ó no caben en él mas que el orgullo y la ambición.

—Acaso el despecho de un amor no correspondido es lo que pone esas frases en sus labios, Julio; le dije intentando calmarle.

—¡Oh! no: mi corazón rebosa de hiel, es verdad; pero soy justo en mis apreciaciones: tal vez V. mismo no tarde en convencerse de ello, porque tal vez Valeria le haga el blanco de su vanidad ó de su capricho.

—¿Á mí? ¿por qué supone V....?

—¿No le ha invitado á sus reuniones? ¿no quiere que V. se acerque á ella?

—Y bien, ¿eso qué puede probar?

—Que V. por indiferencia ó por orgullo ha negado á esa mujer el tributo de su admiración, de sus lisonjas; y ella, soberbia y altiva, ha mirado esa indiferencia como una ofensa, y quiere á toda costa fijar su atención de V., deslumbrarle con su hermosura, para humillarle después con su frialdad y su desden; ¡esa es su táctica de siempre!

—V. se equivoca sin duda, ¿quién soy yo para excitar el interés de una mujer rica, joven y bella como Valeria?

—¿Y yo? ¿quién era yo tampoco? y sin embargo, cuando quería que acusara á la madre de Angelina, cuando anhelaba que escribiera aquella carta para perderla, fijaba en mí sus ojos de un modo que me enloquecía, y al hablarme sonreía de una manera que trastornaba mi cerebro. ¡Oh! entonces soñaba yo con su cariño, soñaba ¡qué locura! que protegido por su padre podría llegar un día á conquistar una posición para ofrecerla mi mano.

Julio en su trastorno, en el extravío de su pasión, había pronunciado aquellas frases imprudentes, que me hicieron recordar cuanto Susana me había referido anteriormente.

No sé qué ideas cruzaron por mi imaginación que me hicieron estremecer, y desde aquel momento anhelé saber toda la verdad.

Hasta entonces había escuchado al pobre Julio tan solo con el interés que inspira la desgracia; pero desde el momento en que mezclaba á sus palabras el nombre de la madre de Angelina, le oía con un extraño afán, y hasta,—perdóname que así lo hiciera, María,—me propuse exaltar sus recuerdos y provocar la explicación de aquel enigma.

—Luego ¿hace ya mucho que conoce V. á Valeria? le pregunté.

—Sí, mucho; era yo un niño cuando pisé esta casa; apenas tenía diez y ocho años.

—¿Y conoció V. á la madre de Angelina, de esa pobre niña tan enferma y tan olvidada?

—Era un ángel á quien Valeria aborrecía.

—¿Que la aborrecía!

—Con toda su alma.

—La habría causado algún daño.

—No; pero era inmensamente rica, mientras ella nada poseía.

—¡Ah! ya empiezo á sospechar que tiene V. razón, en juzgar á esa joven una mujer sin alma; pero no me atrevo á creer....

Julio calló: sin duda comprendía que había ido demasiado lejos.

En cuanto á mí solo pensaba en Angelina, en el pasado de su madre, y me desesperaba de no llegar pronto á la explicación de aquel secreto.

Entonces pensé un medio: el de despertar los celos de Julio, y obligarle á hablar de este modo.

—No, dije: repito que no me atrevo á creer todavía que esa mujer sea egoísta ó calculadora: es tan expresiva, tan amable! hay en su mirada tanta bondad, tan infinita ternura!

Julio alzó la cabeza y me miró de un modo terrible.

—No crea V. en esa bondad, me dijo; no se deje V. engañar por esa ternura! ¡Oh! no la ame V. nunca, porque después de obligarle á ser criminal, le haría á V. muy desgraciado!

—¿Quién sabe! añadí de un modo que acabó de trastornar al infeliz.

—¡Oh! yo lo aseguro; me dijo con exaltación: yo lo aseguro. ¿Qué podía V. esperar de una mujer, que por mil medios villanos quiso obligar á una pobre joven, enferma y delicada, á que la cediese parte de su riqueza? ¿qué podía V. esperar de la que para hacer que una madre robara á su hija la mitad de su herencia, no temió valerse de la amenaza, de la calumnia, de la fuerza?

—¡Ah! y eso...?

—Sí, todo eso lo hizo Valeria, y á todo eso la ayudé yo.

—¿Usted!

—Yo que era un niño: yo que creía en sus palabras y daba fe á sus promesas: yo que sería de nuevo culpable, si ella otra vez lo exigiera, porque aun la amo como entonces; porque aun su indiferencia me mata, porque aun sería con gozo esclavo de su voluntad, y daría cien vidas porque volviese á mirarme, á sonreirme como entonces!

Un sentimiento de compasión agitó mi alma á la vista de aquel infortunado joven, presa de una tan fatal y avasalladora pasión.

Tuve lástima y no quise prolongar mas su agonía.

Procuré tranquilizarle, darle esperanzas: procuré sobre todo calmar la agitación que le do-

minaba en aquel instante, en que la fiebre le abrasaba.

Le hice volver á su cuarto, aunque no sin esfuerzo, y aplacé para otro día el fin de nuestra conversacion.

Julio está enfermo, no tengo duda; la lucha que su espíritu sostiene es superior á sus fuerzas, y su razon vacila tambien á impulsos de tan encontrados afectos.

¡Oh! no me habia engañado al juzgar á Valeria un ser repulsivo, una de esas flores vistosas, pero de esencia envenenadora; ya lo ves, hermana mia! esa mujer ha causado la desgracia de cuantos tiene en derredor, y ¡quién sabe, quién sabe hasta dónde habrá llegado lo terrible de su influencia! ¡quién sabe lo que intentará aun en contra de su tierna hermana!

Cree que todo lo adivinaré, y que Angelina tiene en mí un protector dispuesto á ampararla, y á hacer menos terrible su suerte, á fuerza de cariño y de desvelo á la par.

Su padre, dominado por Valeria, y engañado por sus palabras, ha abandonado á esta triste criatura, sin buscar remedio á su mal; pero yo, mas confiado, mas afanoso que él, voy á emprender la obra de su curacion, auxiliado por la ciencia, y confio en que Dios mismo me ayudará.

Todo te lo diré, hermana mia: todo te lo diré en mi próxima carta, que no tardará en llegar á tus manos.—*Fabian.*

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL TRÁNSITO DE UN ÁNGEL.

Madre, ¿por que las flores
Ostentan hoy mas galas
Y mas primores?
Sobre la rosa,
¿Por qué tiende su vuelo
La mariposa?

—
¿Por qué nace la aurora
Tras la montaña,
Y con su puro rayo
Todo lo baña?

—
¿Por qué cantan las aves,
Y corren en el prado
Brisas suaves?
¿Por qué en la ermita,
Se oye de la campana
la voz bendita?

—
Dimelo, madre mia.
—Cesa tu anhelo,
Es que el alma de un ángel
Se sube al cielo.

Emilio Serrano Garcia.

LA VÍRGEN DE LAS RUINAS.

—¿Dónde nos guareceremos de la fria lluvia que empieza á caer cada vez con mas fuerza?

—Y de la tormenta que avanza rápidamente en brazos de apiñadas y cenicientas nubes. ¿No oís?

—Es preciso buscar algun asilo.

—Sí, sí, es forzoso: busquemos.

De este modo gritaba una turba de jóvenes á quienes habia sorprendido una horrorosa tempestad, cuando mas animados y contentos se entregaban al placer de una alegre partida de caza.

El agua abundante y turbia que empapaba la tierra, calaba hasta el extremo el traje de los apuestos cazadores, y sus piés, hundiéndose ya en el húmedo suelo, apenas podian dar un paso para continuar su camino.

Sin embargo, ninguno de ellos perdía su buen humor, y solo pensaban en divisar un lugar donde ponerse á cubierto por algunas horas.

Por otra parte, la tormenta no prometía ser de larga duracion, pues estaba formada por algunas nubes de otoño, que una ráfaga de viento agrupa y condensa, y otra deshace separándolas en el espacio.

Después de algunas pesquisas y de algunos momentos de marcha fatigosa é inútil, los jóvenes descubrieron á la falda de un monte los muros y las tapias informes de unas olvidadas ruinas.

Uno de ellos extendió la mano hácia ellas, y mostrándolas á sus compañeros,

—Mirad, dijo, la casualidad nos favorece: allí podemos descansar.

—Es cierto, respondieron algunos; apresuremos el paso, que ya es tiempo de evitar esta copiosa lluvia que nos regalan las nubes.

Todos siguieron el consejo, y algunos instantes después penetraban bajo un pórtico ruinoso y casi destruido, pero suficiente por entonces á resguardar sus cabezas del furor espantoso de la tormenta.

Los relámpagos, con su luz azulada y fosfórica, iluminaban á cada segundo el oscurecido espacio, y la voz del trueno se repetía por doquier, remedando un lamento, un grito de muerte ó el pavoroso y prolongado rugido del león.

—Creo que esto es mas serio de lo que habíamos pensado, exclamó uno de los cazadores. Según parece, tendremos que permanecer aquí mas tiempo del que creíamos.

—Sí, respondió otro; en vez de ceder acrece la tormenta. Busquemos algunas ramas secas bajo estas ruinas que el cielo nos ha deparado, y po-

dremos enjugar nuestras ropas, que á la verdad bien lo necesitan.

Los jóvenes aprobaron el pensamiento y entre todos bien pronto se formó una ancha y brillante hoguera, colocándose ellos á su alrededor.

Entonces, pasado el frío y el malestar terminado, dirigieron en torno sus miradas para darse cuenta del lugar en que se encontraban.

—Es prodigioso, dijo Valerio, uno de los mas decidores y calaveras; es prodigioso: cualquiera diria que nos hallamos en medio de un templo antiguo, trocado en nada por la mano del tiempo.

—Y casi, casi puede asegurarse que diria verdad. Mirad estas columnas caidas, estos arcos derrumbados, esta ancha nave, que aunque desgarrada en su bóveda y cubierta de escombros en su pavimento, conserva la grandeza de su forma y su severa apariencia.

—¡Cuántos años contarán estas mudas piedras! murmuró Valerio empezando á sentir en su alma un sentimiento vago de respeto y temor.

—¡Quién sabe! contestó Justiniano, el compañero que mas cerca tenia.

—¡Oh! los que colocaron las primeras losas de este caído edificio, dormirán tranquilamente en sus tumbas, dejando un hueco en ellas para que nosotros vayamos á ocuparle mañana!

Sin saber por qué, la conversacion habia tomado el carácter grave y sombrío que dominaba en aquel sitio, y todos los labios habian enmudecido con un silencio triste y tenaz.

De pronto las frentes de los jóvenes, inclinadas por el cansancio y por una expresion de tristeza, inspirada sin duda por el aspecto de aquel lugar, se levantaron simultáneamente, y en los ojos de todos brilló una expresion de asombro infinito.

Una melodía vaga y perdida acababa de percibirse muy cerca de ellos, sin poder fijar el punto de donde partia.

La voz de una mujer, suave y dulce, llegaba á sus oídos asombrados, murmurando un canto indefinible, cuyas palabras, sin embargo, no podian comprender.

Como impulsados por un mismo pensamiento, se levantaron todos deseando averiguar aquel misterio.

Vanas fueron las investigaciones de aquellos jóvenes asombrados.

La voz habia pasado muy cerca de ellos, alejándose insensiblemente, y perdiéndose al cabo en la distancia, dejando empero tras sí un rastro de suave armonía.

Cuando el postrer imperceptible eco se apagó

en el espacio, Valerio se adelantó y dijo á sus compañeros:

—¿Habeis oido?

—Ya lo creo, y os aseguro que jamás he escuchado un acento mas melodioso, ni un canto mas tierno.

—Pero ¿quién será?

—Eso es precisamente lo que debemos averiguar.

—¿Y de qué modo?

—Registrando ahora mismo estas ruinas.

—Difícil es, puesto que no las conocemos.

—Eso no importa, si todos nos decidimos, y no dejamos quieta una sola piedra.

—Por mi parte, deseo como el primero saber quién es esa mujer que canta.

—Pues yo no perdonaré medio de conseguirlo.

—Ni yo.

—Empezaremos, pues.

—¿No vienes, Valerio?

—Prefiero quedarme.

—¡Cómo! ¡tú siempre tan dispuesto á emprender aventuras!

—No importa, estoy cansado: id vosotros y yo esperaré aquí el resultado.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego y buena suerte.

Los cazadores, para conseguir mejor su empeño, se dividieron en dos batidas, tomando cada cual diferente camino.

La tormenta habia disminuido, sin desaparecer enteramente.

Algunas opacas nubes, hechas ya girones por la fuerza del huracan, dejaban aparecer de vez en cuando una estrecha cinta de puro azul, que un instante despues volvía á cubrirse, sin haber podido ostentar en su seno un rayo siquiera de la brillante luz del sol.

La voz del trueno era mas breve y mas lejana, y los relámpagos, luciendo con menos fuerza, solo iluminaban ya grupos indefinibles de esas ligeras hijas de la niebla y el aire, que huían hácia el ocaso, como un ejército destrozado y disperso.

Valerio contemplaba este cuadro distraído y pensativo, olvidándose acaso de la caza y de sus compañeros, y casi del motivo que les habia separado.

Ante aquel espectáculo que miraba por vez primera, en medio de una agreste soledad, su corazón y su pensamiento se elevaban á Dios, pues solo Él puede dirigir á su antojo el rayo aterrador y la asoladora tempestad, ó suspender entre las alas del viento, el iris precursor de la bonanza y de la calma.

Sentado sobre el mármol de una rota colum-

na, apoyó la frente entre las manos y dejó pasar el tiempo, sin cuidarse de medir la distancia que separaba un instante de otro instante.

Sus amigos, preocupados con la escursión que se habian propuesto, tampoco se acordaron de él.

Las horas pasaron pues insensibles para unos y para otros, y á los postreros momentos de la tarde sucedieron las primeras sombras del crepúsculo.

Al terminar el día se habia llevado tras sí los últimos rastros de la pasada tempestad, y la reina de la noche, pálida y tranquila en medio de los cielos, venia á presidir la calma y el sueño.

Los ojos de Valerio fijos en el horizonte, tomaron de pronto nueva direccion, pues el ruido de una rama tronchada llamó su atencion hacia la derecha.

Un rayo de luna penetrando en medio de las ruinas, le dejó ver una aparicion que le hizo dejar su asiento y retroceder por un momento.

La figura de una mujer, blanca pálida y con los cabellos en desorden, se adelantaba lentamente, dirigiéndose al sitio en que él se hallaba.

Su breve pié, asentándose pausadamente en el suelo, no producía el mas ligero ruido, y su cabeza inclinada sobre el pecho, apenas dejaba distinguir de su rostro sino una frente tersa y diáfana, y tan pura como el casto fulgor de las estrellas, que brillaban dulcemente entre el manto azul de los cielos.

La desconocida siguió su marcha sin sospechar que Valerio la observaba, y llegó á dos pasos de este, que se adelantó hacia ella con ánimo de detenerla.

El eco de sus pasos llegó sin duda á los oídos de la desconocida, pues se detuvo azorada y miró con angustia en derredor.

Al ver á Valerio, al encontrarle tan cerca de sí, un grito se escapó de sus labios, y trató de esquivar su encuentro, ó de huir con rapidez.

El jóven, que adivinó su intento, corrió hacia ella, é interponiéndose á su paso la dijo asiéndola de su blanca falda:

—No, eso no: antes que te alejes he de saber quién eres.

—¡Dios mio!

—¡Tan bella y en esta soledad!

En efecto, aquella mujer era hermosa, á pesar de haber perdido el brillo primero de la juventud y del desaliño de su traje y sus cabellos, caidos descuidadamente sobre su espalda.

—¡Oh! dejadme por piedad, señor, dejadme por piedad; murmuró la habitadora de las ruinas con dulce y suplicante voz.

—¿Quién eres? preguntó el cazador soltando-

la lentamente, dominado á su pesar por aquella mirada y aquella súplica.

—Una infeliz que todo lo ha perdido y que busca aquí el único bien y el consuelo que puede hallar sobre la tierra.

(Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIETADES.

LOS TRES ESPEJOS.

Una jóven, que á veces daba acogida á algun pensamiento de vanidad, escribió cierto día á su madre: «Querida madre: desearia en gran manera tener un espejo para el tocador; es un objeto indispensable y espero que tendrá la bondad de enviármelo. Lo estoy aguardando con impaciencia.»

Al siguiente día, la jóven recibió de su madre una respuesta concebida en estos términos: «Querida hija: te mandaré el espejo que me pides; solo que en lugar de uno recibirás tres.... En el primero, verás lo que eres; en el segundo, lo que serás; y por último, en el tercero, lo que debes ser.»

Cuando hubo concluido la lectura de la carta, la jóven se entregó á mil conjeturas; mas tuvo que resignarse á esperar, cosa que cuesta bastante á los diez y seis años. Así es que contaba los días, las horas, los minutos que pasaban sin recibir la anunciada remesa. En fin, despues de tres mortales días, que le parecían tres siglos, llegó una caja; así que se la hubieron entregado, la jóven se la llevó corriendo, y encerrándose en su cuarto, se dió prisa á abrirla.

Lo primero que se presentó á su vista, fué un paquete cuidadosamente envuelto, y marcado con el número uno. Abrióle con precaucion; el corazón le daba fuertes latidos: ¿qué era lo que iba á ver?... Halló un modesto, pero fiel espejo, que, segun la promesa de su buena madre, le manifestó lo que era; su juventud, su lozanía, su belleza; en una palabra, las gracias y los encantos de la primavera de la vida.

—Oh! ¡qué buena es mamá! dijo la niña; y loca de contento dió cándidamente un beso al espejo.

Pero ¿qué es lo que podía contener el segundo paquete? Abrióle con curiosa ansiedad, y halló.... un cuadro que representaba una calavera, otro fiel espejo de lo que sería mas tarde. La jóven comenzó á comprender la lección, que queria darle su madre, y estuvo contemplando mas tiempo el segundo espejo que el primero. Quedaba el tercer paquete. Compréndese que despues del segundo la jóven hubo de experimentar cierto temor al abrirle; sin embargo, su mano abrió la cajita. Un grito de alegría se escapó de su pecho al hallar envuelta en un paño de seda una preciosa imagen de la Inmaculada.

—Hé aquí lo que debo ser, exclamó, y lo seré con la gracia de Dios.

Y arrodillándose al punto, oró largo rato.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.